
PALABRAS PRONUNCIADAS

POR EL ACADEMICO Y PROFESOR RAFAEL UCROS

en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina, sobre
el doctor Juan de Dios Carrasquilla.

La Academia Nacional de Medicina celebra hoy sesión solemne extraordinaria con el objeto de rendir homenaje a la memoria del ilustre y sabio maestro doctor Juan de Dios Carrasquilla. Los distintos aspectos de esa vida meritoria dedicada toda a la experimentación científica y a la labor infatigable, han sido puestos de relieve en el elocuente elogio que de ellos ha hecho uno de los más prestantes y distinguidos miembros de nuestra corporación, doctor Eliseo Montaña. La Academia se complace en hacer suyas las palabras de admiración y de respeto a la memoria del eximio maestro cuya imagen, que acaba de ser colocada en puesto de honor de este salón, presidirá en adelante todas nuestras reuniones y será poderoso estímulo para continuar e intensificar cada día más trabajos científicos que se presenten y discutan en este recinto.

Ha querido también la Academia que en esta misma sesión que podría ser llamada "la sesión de homenaje a los maestros", sean entregados los títulos de miembros honoríficos por ella concedidos en unánime aclamación a los doctores Juan David Herrera, Luis Cuervo Márquez, Pablo García Medina, Carlos Esguerra y Luis Felipe Calderón.

Una mera coincidencia ha hecho que el alto honor de poner en manos de tan ilustres maestros esos títulos honoríficos le haya correspondido al más modesto de los académicos, desprovisto por completo de todo mérito personal y que ha llegado al alto cargo que ocupa en esta docta corporación, impulsado solamente por la lenta fuerza del *vis at ergo*, única admitida para llegar a los honores y preeminencias en nuestra profesión médica.

Larga y difícil labor sería, señores, hacer un recuento ante este respetable auditorio de los relevantes méritos y brillantes carreras de estos cinco profesores a quienes la Academia ha querido otorgar la suprema distinción en reconocimiento de la honda labor científica por ellos desarrollada en el seno de esta corporación.

Juan David Herrera es, sin duda alguna, una de las mentes más poderosas y uno de los cerebros mejor y más intensamente cultivados de que pueda ufanarse nuestra patria. Muy joven coronó sus estudios en la Universidad Nacional y encaminó luégo sus pasos a Roma y París,

donde perfeccionó sus estudios bajo la dirección de los más sabios y eminentes cirujanos e internistas de la época. De regreso al país, lleno de bríos y de entusiasmo científico, impulsó los estudios médicos; comenzó su brillante magisterio en la cátedra de Anatomía, cuyas brillantes lecciones eran altamente apreciadas por sus discípulos. La biología, la fisiología, la medicina legal, la clínica quirúrgica, fueron otras tantas cátedras donde fluyó su palabra, fácil y elocuente, que exponía la solución clara y sencilla de los más abstrusos problemas científicos.

En el campo quirúrgico su labor no fue menos admirable y progresista: en el año de 1895 Juan David Herrera había practicado la resección total del maxilar inferior con completo éxito, operación que practicó él por cuarta o quinta vez en el mundo entero. Era de verse la habilidad suprema con que el maestro hacía sus intervenciones; en sus manos los instrumentos quirúrgicos recibían dóciles el impulso de unos dedos hábiles y delgados que sabían convertir cualquier intervención quirúrgica en una verdadera obra de arte.

Vino más tarde el deseo de emprender la conquista quirúrgica de la cavidad abdominal, y en asocio de un grupo ilustre de cirujanos trabajaron en este ramo con éxito admirable, constituyendo lo que podría llamarse la época listeriana de la Cirugía nacional, base y fundamento inmovible de nuestra moderna Cirugía.

Luis Cuervo Márquez es un alto exponente del Cuerpo Médico colombiano. Desde muy joven dedicó sus esfuerzos al estudio de las enfermedades que con mas frecuencia se desarrollan en nuestro suelo; ejerció por varios años en la ciudad de Cúcuta, azotada duramente esa época por la epidemia amarilla. Sus importantes estudios sobre esta enfermedad quedaron consignados en un libro que coloca a su autor, sin duda alguna, entre los precursores y fundadores de nuestra medicina tropical. Intelectual de finos quilates, supo siempre hacer honor a su ilustre ascendencia, en la cual no es posible poder discernir qué ocupa el lugar prominente, si el talento consagrado de los sabios o los servicios a la patria de los magistrados modelos.

Cuervo Márquez fue Profesor por muchos años de la Clínica de Patología General y ha ocupado con brillo y con decoro distintos cargos en la administración pública, en la legislatura y en la diplomacia.

Ultimamente fue llamado al Rectorado de la Facultad de Medicina en momentos de alguna agitación. Sus maneras de gran señor, cultas y distinguidas, su conocimiento del medio y su caballerosidad nunca desmentida hicieron que la calma se restableciera en breve tiempo.

El doctor Pablo García Medina se especializó desde muy temprano en el ramo de higiene pública, donde, preciso es decirlo, todo fue creado y reglamentado por él en labor meritoria de varios lustros. Las primeras reglamentaciones serias, eficientes, de nuestros leprosorios, especialmente el de Agua de Dios, fruto son de sus desvelos y de su

permanente estudio, y las mejoras materiales implantadas con vigoroso impulso en los últimos años, fueron iniciadas bajo su dirección.

De todos es conocida su incesante labor en la higiene pública, para ayudar a la campaña contra la anemia tropical, el paludismo, la fiebre amarilla, la peste bubónica; está presente a nuestra memoria que la base esencial de nuestra legislación sanitaria fue creada por él, y todos sabemos con cuánto empeño luchó por hacer desaparecer del interior y de nuestros dos litorales las terribles epidemias internacionales. La peste bubónica hace ya largos años que no se presenta en nuestras costas y la fiebre amarilla, que llegó en tiempos pasados a ser casi endémica en toda la superficie del país, se encuentra hoy relegada a ciertos sectores limitados, donde elementos jóvenes de gran valía lucharán hasta extirparla por completo.

García Medina es acreedor a la gratitud ciudadana no sólo por su obra en la higiene pública, sino por haber representado con brillo y distinción a nuestra patria en distintos congresos científicos en los Estados Unidos y en varios países de la América del Sur.

Carlos Esguerra. De estirpe patricia, hijo del preclaro repúblico que tantas páginas ilustres dejó en la historia de la patria, el doctor Esguerra se dirigió, después de haber coronado sus estudios en la Universidad Nacional, a la Ciudad-Luz, donde empapó su espíritu en las enseñanzas clínicas de los grandes maestros franceses. Regresado al país ejerció su profesión con éxito brillante y años más tarde fue llamado a la Facultad, donde regentó las asignaturas de Patología y Clínica internas. Sus lecciones elocuentes y sencillas se caracterizaban por la manera inteligente y sagaz con que se buscaban los síntomas, se agrupaban luego y se clasificaban para llegar al diagnóstico preciso y al tratamiento eficiente; era un clínico de severo corte francés y sus enseñanzas eran el fiel trasunto de la ciencia clínica de Trousseau y de Jaccoud, de Charcot y de Dieulafoy.

Vino luego el doctor Esguerra a ocupar el puesto de Rector de la Facultad de Medicina y desde el primer momento aplicó toda su inflexible voluntad a la renovación o reforma de los estudios médicos, ayudado en su ponderosa labor por una misión francesa de profesores de la Facultad de Lyon.

Es el doctor Esguerra el fundador de una hermosa Clínica, la Clínica de Marly, que merced a un grande y constante esfuerzo ha llegado a una organización y a un confort que hacen honor a la ciudad. Esta Clínica y otras similares que existen en la capital, si bien de fundación particular, han sido un poderoso auxiliar para el desarrollo y progreso de la Cirugía nacional y han contribuido a la formación de un distinguido grupo de jóvenes cirujanos.

Luis Felipe Calderón, profesional de vasto talento y cultura médica esmerada, regresó al país después de haber permanecido varios

años en París; presidió la Cátedra de Bacteriología y luego la Clínica de Patología General y desplegó en ellas las mejores dotes de maestro. Fue nombrado Rector de la Facultad de Medicina a raíz casi de nuestra última contienda civil, llamada de los mil días, durante los cuales sufrió nuestra Escuela los más serios trastornos y la más completa desorganización. Era preciso reconstruir mucho y reformar por todas partes para que nuestro venerado Instituto recobrase su antiguo brillo y esplendor, y fue tan feliz en este sentido la tarea de Calderón, que en el transcurso de algún tiempo la Facultad no sólo recobró su anterior organización sino que empezó una nueva etapa de progreso y adelanto. Reglamentáronse entonces por primera vez los concursos para externos, internos y jefes de clínica y se obtuvo del Poder Ejecutivo la resolución de que ningún profesor podía dictar más de una cátedra. Estas importantes disposiciones y la creación de un buen número de clínicas especiales y de perfeccionamiento, como ginecología, ortopedia, enfermedades mentales, urología, dermatología y enfermedades tropicales, permitieron a la Facultad abrir ampliamente sus puertas a un apreciable número de profesionales, sabios y distinguidos, para quienes ellas habían permanecido antes injustamente cerradas. El nuevo grupo de Profesores, entusiastas y progresistas, en sana emulación con los antiguos, dieron a la Facultad en el rectorado de Calderón verdaderos días de brillo y de progreso. Esta tarea de renovación fue secundada e impulsada con empeño y ahinco verdaderamente apostólicos por quienes siempre hicieron del progreso de la Facultad y de la enseñanza médica de la juventud el anhelo más grande de su vida.

Todas estas iniciativas habrían sido irremediabilmente condenadas al fracaso si no hubieran sido apoyadas oficialmente por dos distinguidos ministros de Instrucción Pública que dieron un ejemplo de tolerancia política, muy rara en aquellas épocas, llamando al profesorado a quienes no compartían de sus ideas. Esos ministros fueron José Joaquín Casas y Antonio José Uribe, cuyo sentimiento amplio y generoso me complace en reconocer en esta ocasión.

Vuestra labor, queridos maestros, ha sido grande y provechosa: habéis trazado un hondo surco y la simiente por vuestras manos depositada dará en el tiempo abundantes y sucesivas cosechas. Habéis ocupado algunos de vosotros con suprema distinción el sillón que honraron Andrés María Pardo y Liborio Zerda; José María Buendía y Nicolás Osorio, y todos vosotros como miembros de esta sabia corporación habéis dejado oír vuestra voz empeñada en todos los instantes en acrecer nuestro acervo científico y en dar realce creciente a la medicina nacional.

Habéis ejercido siempre como un noble sacerdocio la más hermosa de las profesiones y en todos los momentos, en el magisterio, en los centros científicos y a la cabecera del lecho del enfermo vuestras ac-

tuciones han ido ceñidas a la más severa ética profesional y a la más admirable rectitud.

Permitidme, para concluir, parafrasear una idea, un símil de Jean Louis Faure, ese gran maestro de la Ginecología que lleva en sus manos el estandarte de la cirugía francesa, en el elocuente elogio de Pean con motivo de su centenario, hecho ante la Academia de Medicina de París: Queridos y venerados maestros: Vuestras nobles y enguidas figuras se destacan en el campo de la medicina nacional como esos grandes picachos cubiertos de nieve que sobresalen en el lomo azul de nuestras altas cordilleras; miradas de cerca pueden a veces ocultarse parcialmente a vuestra vista interceptadas por los montículos más pequeños, por los árboles de la floresta, por los distintos accidentes del terreno; pero contempladas a distancia, heridas por los rayos del sol poniente, se presenta a vuestra admiración en todo su brillo esplendoroso y en toda su inmaculada blancura.

Dignaos, pues, aceptar, queridos maestros, estos títulos honoríficos que os otorga hoy la Academia Nacional de Medicina como el más alto homenaje de admiración, de respeto y de gratitud por vuestras excelsas virtudes.

Julio 14, 1933.

R. UCROS,

Presidente de la Academia
Nacional de Medicina.

Nota: En la página 236, línea 40, dice: hijo de médico —fue su padre; léase: descendiente de médico —fue su abuelo; en la página 237, línea 24, dice: Debriba, léase Debeiba; en la página 248, línea 27, dice: Carrasquilla, léase Caro.

